

TARIQ ALI

WINSTON CHURCHILL

Sus tiempos, sus crímenes

Traducido del inglés por Alejandro Pradera

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Winston Churchill: His Times, His Crimes*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Tariq Ali, 2022. All rights reserved
© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-460-2
Depósito Legal: M. 23.849-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

CRONOLOGÍA.....	11
PREFACIO	13
AGRADECIMIENTOS	19
INTRODUCCIÓN.....	21
1. UN MUNDO DE IMPERIOS	41
2. ESCARAMUZAS EN EL FRENTE NACIONAL.....	77
3. LA «GRAN» GUERRA.....	109
4. LA DIMENSIÓN IRLANDESA.....	129
5. EL VIENTO QUE SACUDIÓ EL MUNDO.....	157
6. NUEVE DÍAS DE MAYO DE 1926.....	187
7. EL ASCENSO DEL FASCISMO	201
8. JAPÓN INTENTA ADUEÑARSE ASIA.....	227
9. LA GUERRA EN EUROPA: DE MÚNICH A STALINGRADO	253

10. EL HERVIDERO INDIO	281
11. RESISTENCIA Y REPRESIÓN.....	311
12. LOS ORÍGENES DE LA GUERRA FRÍA: YUGOSLAVIA, GRECIA, ESPAÑA	333
13. ORIENTE HA MUERTO, ORIENTE ES ROJO: JAPÓN, CHINA, COREA, VIETNAM.....	365
14. CASTILLOS DE ARENA: UN NUEVO MAPA PARA EL ORIENTE ÁRABE	383
15. CRÍMENES DE GUERRA EN KENIA	417
16. LO QUE ES PASADO ES PRÓLOGO: LOS LEGADOS DE CHUR- CHILL.....	431
EPÍLOGO	455
BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA	457
ÍNDICE ONOMÁSTICO	461

Para Garth Fawkes, que tendrá veintitrés años cuando se conmemore el centenario de la Segunda Guerra Mundial. Espero que para entonces gran parte de este libro ya esté anticuado, pero me temo que no lo estará.

CRONOLOGÍA

Winston Churchill: servidor del Imperio

- 1874 Nace en el Palacio de Blenheim, en Oxfordshire, hijo del diputado conservador Randolph Churchill y de la heredera estadounidense Jennie Jerome.
- 1876 La familia se traslada a Dublín, cuando Randolph Churchill es nombrado secretario particular de su padre, John Spencer-Churchill, virrey de Irlanda.
- 1888-1895 Se educa en la Harrow School y en la Real Academia Militar de Sandhurst.
- 1895-1899 Se licencia como alférez destinado al 4º de Húsares de la Reina; las escaramuzas en Cuba, India y Sudán le proporcionan material para sus primeras incursiones periodísticas.
- 1899-1901 Se da de baja de su regimiento para emprender su carrera política; trabaja por libre y realiza distintos encargos militares y periodísticos en Sudáfrica.
- 1901-1904 Entra en el Parlamento como diputado conservador por el distrito de Oldham.
- 1904 Abandona el Partido Conservador e ingresa en el Partido Liberal.
- 1906-1908 Subsecretario de Estado del Ministerio de las Colonias en el Gobierno de Henry Campbell-Bannerman.

- 1908-1910 Entra en el Gobierno de Herbert Henry Asquith como presidente de la Cámara de Comercio.
- 1910-1911 Ministro del Interior de Asquith.
- 1911-1915 Primer lord del Almirantazgo; a partir de 1914, miembro del Comité de Guerra de Asquith.
- 1915-1916 Se ve obligado a dimitir como primer lord del Almirantazgo como condición impuesta por los conservadores para entrar el Gobierno de Unidad Nacional de Asquith; se reincorpora al Ejército, pero rápidamente consigue permiso para abandonar el servicio activo al cabo de pocos meses en el Frente Occidental.
- 1917-1919 Ministro de Municiones en el Gobierno de David Lloyd George.
- 1919-1921 Secretario de Estado de Guerra de Lloyd George.
- 1921-1922 Secretario de Estado de las Colonias; pierde su escaño parlamentario en las elecciones de 1922.
- 1924-1929 Abandona el Partido Liberal e ingresa en el Partido Conservador; ministro de Hacienda en el Gobierno de Stanley Baldwin.
- 1929-1939 Dimite del «gobierno en la sombra» como protesta por el Estatus de Dominio para India; excluido del Gobierno entre 1931 y 1939; escribe libros de historia para ganarse la vida.
- 1939 Primer lord del Almirantazgo en el Gobierno de Neville Chamberlain.
- 1939-1945 Primer ministro.
- 1945-1951 Líder de la oposición.
- 1951-1955 Primer ministro.
- 1955-1965 Jubilado. Fallece en Londres en 1965, a la edad de noventa años.

PREFACIO

¿Hacía falta otro libro sobre Churchill? Me he hecho esa pregunta más de una vez, pero parece que muy pocos se la han hecho. La mayoría de la gente con la que hablaba, incluidas muchas personas que no comparten mis opiniones políticas, estaba totalmente a favor de este proyecto. Su motivación era sencilla. El culto a Churchill estaba acallando cualquier tipo de debate en serio. Hacía mucha falta una alternativa y, en vez de quejarme, lo que tenía que hacer era ponerme a ello. Eso no quiere decir que todos los historiadores que han escrito sobre Churchill sean acrílicos. Por ahí hay algunos libros excelentes, que mencionaré más adelante. Ahora de lo que se trata no es solo de aportar una alternativa, sino de defender el derecho a hacerlo. Al propio Churchill, al margen de sus defectos, le encantaban los duelos políticos, y devolvía golpe por golpe. Sus epígonos no se sienten tan seguros de sí mismos ni en lo intelectual ni en lo político, y consideran cualquier crítica seria como un crimen de lesa majestad. No se puede tolerar. Es inaceptable.

En 2000, unos manifestantes anticapitalistas rociaron de pintura la estatua de Churchill que hay en la Plaza del Parlamento y le hicieron un peinado a lo mohicano con un cepellón de hierba. El primer ministro, Tony Blair, se puso furioso. Según el diario de su portavoz, «Blair se pasó de la raya, decía que “no hay que consentir que vuelva ocurrir una

cosa así” y sugería que había que prohibir ese tipo de manifestaciones en Londres». A lo largo de los años siguientes volvieron a pintarrapear la estatua periódicamente, y el punto álgido llegó en 2020, cuando unos activistas de Black Lives Matter escribieron con pintura «Churchill era un racista» en el pedestal.

Esa es una de las críticas más suaves que se le pueden hacer a Churchill, pero provocó una auténtica conmoción. Y después sucedieron más cosas. En febrero de 2021, mientras yo me dedicaba a terminar este libro, recibí una invitación a una videoconferencia por Zoom organizada en el Churchill College de la Universidad de Cambridge para debatir sobre la política del personaje homónimo. Dos miembros de la mesa eran académicos de ascendencia india. Uno de ellos, Priya Gopal, era y sigue siendo miembro del Claustro del College. Como era de esperar, el tono era de crítica, dado que el debate se centraba en la colonización de India y sus secuelas, sobre todo la Hambruna de Bengala de 1943.

Fue un debate sobrio, pero a continuación se desató un escándalo, orquestado por la prensa conservadora. El *Daily Telegraph* titulaba así su noticia del 11 de febrero: «Una mesa de expertos del Churchill College afirma que el primer ministro durante la guerra era un racista blanco y “peor que los nazis”». Lo cierto era que nadie había dicho eso, pero bastó para que sir Nicholas Soames (nieto de Churchill) decidiera asumir el papel de portaestandarte de la indignación. Como a lo largo de los años habrá constatado cualquier lector habitual de la revista satírica y de actualidad *Private Eye*, el peso intelectual no es uno de los atributos de Soames, y en aquella ocasión sus intervenciones no hicieron más que confirmarlo. Pero era un descendiente de Churchill, y se puso a disposición de todo el que deseara utilizarle para acallar las voces disidentes.

Los donantes del College amenazaron con retirarle la financiación, la familia estaba contrariada, y la institución disolvió a toda prisa su grupo de trabajo sobre «Churchill, la raza y el Imperio» que había organizado el ofensivo debate. Para protestar por aquella capitulación, aquella misma noche, unos activistas de Extinction Rebellion (XR) escribieron pulcramente con pintura «Churchill era un racista» en uno de los muros de ladrillo del Churchill College.

Soames venía a decir que aquella mesa de debate marcaba un «nuevo mínimo en la actual moda que consiste en denigrar la historia británica en general, y a sir Winston Churchill en particular», y amenazó al College

con preguntarse en voz alta y en público si debería permitírsele beneficiarse del nombre de Churchill después de haber consentido la celebración de un evento tan vergonzoso. De hecho, ambos bandos del debate habrían podido escoger personajes más idóneos: Wellesley o Curzon en el bando de los glorificadores del imperio, y Gandhi o Mandela en el bando contrario. Mientras tanto, la unidad de respuesta rápida de XR Cambridge le respondía a Soames:

Por toda esta ciudad hay muchas instituciones cuyo dinero procede de la explotación y el colonialismo. No vamos a permitir que los *colleges* de la Universidad de Cambridge censuren la verdad sobre sus dañinas ramificaciones históricas y contemporáneas. Como ciudad y como país, necesitamos desesperadamente afrontar el legado del Imperio británico, que hizo tanto daño en todo el mundo y sigue causándolo hoy en día. Cada vez resulta más evidente que hay una profunda relación entre la injusticia global, la injusticia racial, la injusticia social y la injusticia climática. La idea de que quienes poseen dinero, poder y fuerza militar tienen derecho a explotar la tierra y a su población es responsable tanto del colonialismo como de la emergencia climática y ecológica. Hemos aprendido mucho de los activistas antirracistas; no permitiremos que nadie esconda debajo de la alfombra la historia del racismo de Gran Bretaña.

El debate continúa. Este pequeño libro es otro granito de arena. No se centra exclusivamente en Churchill, ni tampoco es una biografía en sentido tradicional. Sitúa a Churchill en el seno de una clase dirigente que luchó contra los obreros y los disidentes dentro del país y construyó un inmenso imperio en ultramar. Esa combinación fue lo que permitió derrotar a las organizaciones de la clase obrera en Gran Bretaña y la colonización de grandes zonas de Asia y de África. Sin entender las historias de quienes se resistieron dentro y fuera de las fronteras de Gran Bretaña, no es fácil entender la hostilidad hacia Churchill que sigue existiendo en este país.

Hace cincuenta años me encontraba disfrutando de un almuerzo en Phnom Penh (Camboya) con Lawrence Daly, el líder minero escocés. La conversación era variada. El ruido de las bombas que caían sobre Vietnam resonaba por toda la región. Daly era un autodidacta, un intelectual nato, sin vinculaciones con ningún partido político. La discusión se centró en Gran Bretaña. ¿Cómo explicaba él que el electorado británico pusiera de

patitas en la calle a Churchill en 1945? Daly hizo una breve pausa y dijo: «No es ningún misterio. Gracias a los conservadores, el país estaba hasta el cuello de mierda. La gente tenía la sensación de que, si elegía a Churchill, les obligaría a hacer abdominales».

Después de ciento cincuenta años de crecimiento ininterrumpido, como señalaba Eric Hobsbawm en su libro *Industria e imperio*, la economía británica estaba en un grave apuro y el desempleo masivo amenazaba la paz social. Churchill quería revertir el proceso por todos los medios. Su método favorito era el empleo de la fuerza. En eso nunca cambiaba, ni titubeaba, ni se arrepentía. Nunca entendió del todo que los éxitos de Estados Unidos y de Alemania le debían mucho a la investigación científica y al desarrollo tecnológico. Las universidades británicas se habían quedado igual que antes, dedicándose a sus quehaceres habituales, hasta que fue demasiado tarde para ponerse a la altura de Estados Unidos y de Alemania. En Gran Bretaña, una clase dirigente complaciente, alimentada con los frutos del imperio, no fue capaz de recuperar terreno. A pesar de que ha sido santificada como «el mejor momento» de Churchill, la victoria de 1945 fue una enorme derrota para el Imperio británico.

A Churchill y a sus imitadores laboristas, Clement Attlee y Ernest Bevin, les llevó un tiempo comprender todas las implicaciones de ese hecho. Churchill aceptó el papel de segundo violinista siempre y cuando pudiera fingir que era el primero, lanzando proclamas sobre la Guerra Fría que generalmente entretenían y ocasionalmente irritaban a los nuevos amos del mundo occidental. Los dirigentes estadounidenses le seguían la corriente, al tiempo que se dedicaban a lo único que les interesaba: asumir el control de las colonias europeas y japonesas, con distintos grados de éxito.

El racismo genético de Churchill nunca desapareció, y se fue filtrando lentamente en el país cuando la escasez de mano de obra hizo necesario importar trabajadores coloniales de las Antillas y del subcontinente indio. Durante sus últimas semanas en Downing Street, Churchill se mostró intransigente. Su ministro de Defensa, Harold Macmillan (que posteriormente fue primer ministro) anotaba en su diario el 20 de enero de 1955: «Más debates [en el Consejo de Ministros] sobre los inmigrantes de las Antillas. Se está elaborando un proyecto de ley, pero no es un problema fácil. El P.M. [Winston Churchill] piensa que *Keep England White* [“Man-

tener Inglaterra blanca”] es un buen eslogan»¹. Más o menos diez años después, al enfrentarme a una serie de interrupciones hostiles por parte de un grupo de racistas en un mitin público, yo les respondí a gritos: «Nosotros estamos aquí porque vosotros estuvisteis allí. Y a nosotros todavía nos queda otro siglo y medio». Eso les hizo callar temporalmente, pero no creo que captaran del todo la dialéctica. Ni tampoco Churchill.

Eso es lo que explico en este libro, recorriendo la línea de la vida política de Churchill, acompañada de un análisis político e histórico que contradice sus ideas y las de sus muchos epígonos. Al destacar la historia de una oposición desafiante (débil o fuerte), el libro examina la historia de la clase obrera y de las rebeliones coloniales en una relación dialéctica con los venerables textos.

La aparición hace unos años de un movimiento anticolonial en las universidades de distintos lugares del mundo fue para mí un aliciente adicional para escribir sobre Churchill. El hecho de que Barack Obama y, más recientemente, Joe Biden, retiraran el busto de Churchill del Despacho Oval fue otro estímulo (antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la guerra de George W. Bush contra Afganistán, poca gente sabía siquiera que existía ese busto). Lo hicieron debido a las atrocidades cometidas por los británicos en Kenia y el historial de Churchill en Irlanda, dos de los crímenes imperiales de los que se le acusa en este libro. Sin embargo, la retirada de aquel busto fue sobre todo simbólica. Obama y Biden hablaban en calidad de recolonizadores, como los herederos contemporáneos de Churchill y de George Curzon, de Leopoldo II y de Oliveira Salazar. El país que presiden es el único imperio verdadero hoy en día, y se encuentra en una posición mucho más sólida que el Imperio británico, incluso en su máximo apogeo, y con un historial de crímenes de guerra inigualable.

Los descolonizadores de Gran Bretaña y los antirracistas de Estados Unidos han derribado o han exigido la retirada de las estatuas de los propietarios de esclavos, y de los sinvergüenzas como Cecil Rhodes (enormemente admirado por Churchill). La estatua de Churchill solo ha sido embadurnada de pintura roja para conmemorar un Día del Recuerdo de las víctimas del imperio. No estoy a favor de destruir su estatua ni las de la de la mayoría de los demás caudillos imperiales o de sus subordinados. Eso

¹ David Kynaston, *Family Britain, 1951-1957*, Londres, 2009, p. 453.

sería un desacertado intento de borrar de un plumazo trescientos años de historia británica. En Estados Unidos, un proceso como ese conllevaría destruir las estatuas de la mayor parte de los Padres Fundadores por el hecho de que fueron propietarios de esclavos.

Es mucho mejor exigir o poner en vigor el derecho a instalar placas que cuestionen la visión oficial, de modo que los visitantes puedan leer las dos caras del debate y tomar sus propias decisiones. Y, por supuesto, exigir que se dediquen estatuas nuevas a los que estuvieron en el otro bando. Este libro está escrito con esa intención: una irrupción, espero, en un orden histórico-político que parece hegemónico, pero que sigue siendo vulnerable. Y con él, la historia sigue siendo el relato humano internacional, turbio, contradictorio, y plagado de conflictos que ha sido siempre.

AGRADECIMIENTOS

Tengo que empezar haciendo hincapié en que ninguna de las personas que me han ayudado es responsable de mis argumentos ni de mis conclusiones. Fue Mike Davis, mi antiguo camarada de la Costa Este, y un gran historiador, el que me insistió hace casi diez años en que tenía que escribir un libro como este. Espero no haberle decepcionado demasiado. Doy las gracias en primer lugar a mis editores JoAnn Wypijeski, de Buffalo (Nueva York) y Leo Hollis, en un Londres confinado. Naturalmente, Leo ya está muy acostumbrado a mis excentricidades y tiende a eliminarlas. Su insistencia en que refundiera algunos capítulos y reestructurara otros ha sido muy valiosa. JoAnn es una vieja amiga mía, y una editora muy estricta. La combinación dio resultado.

Tengo que dar las gracias a Pablo Bradbury, a la sazón becario en la editorial Verso, por su documentación cuando inicié este proyecto, que incluía una larga lista de lecturas. También he de darle las gracias a mi nieto Jordan Beaumont, que se tomó un año sabático coincidiendo con el confinamiento, por leer tres libros sobre las hambrunas de Irlanda y de India, así como la novela de Churchill, y redactar informes sobre todos ellos. Su hermano Aleem salvó el manuscrito de un desastre informático y me exigió diez libras. Sebastian Budgen fue, como siempre, de gran ayuda, y me reenvió una útil documentación que obtuvo de distintas fuentes.

Estoy muy agradecido a Gella Skouras, una griega amiga mía desde 1967, y a Jane Gabriel, que produjo (con ayuda de Gella) el documental de Channel 4 sobre la guerra civil griega que hizo temblar al *establishment* británico. Daniel Finn, un compañero de la *New Left Review*, leyó el capítulo sobre Irlanda, me señaló algún que otro error, y sugirió algunos añadidos y la eliminación de algunos pasajes, pero al final me dio el visto bueno. David Harvey me contó una anécdota personal esclarecedora.

A medida que aumentaba el caos en mi despacho, John Purcell, un artesano local, y partidario de Jeremy Corbyn, que había venido a arreglar otra cosa, me construyó una estantería giratoria en el plazo de una semana: un acto transformador y un gesto de camaradería que no olvidaré.

En el departamento de producción de Verso, Mark Martin, desde Brooklyn, y Bob Bhamra, desde Londres, supervisaron el control de calidad. Tim Clark, que ya es un veterano, llevó a cabo la edición final del texto.

A todos ellos, y a muchos otros, gracias de todo corazón.

Tariq Ali

Londres, 20 de septiembre de 2021

INTRODUCCIÓN

EL CULTO A CHURCHILL

Desdichada la tierra que necesita un héroe.

Bertolt Brecht, *Vida de Galileo*

Achacad los antiguos desórdenes no a la naturaleza de los hombres, sino a los tiempos, ya que, al ser diversos, vosotros podéis esperar, mediante los mejores órdenes, una mejor fortuna para vuestra ciudad.

Maquiavelo, *Historia de Florencia*

El 30 de mayo de 1945, un mes después del suicidio de Hitler y de la liberación de Berlín por los comandantes del Ejército Rojo Georgy Zhukov e Iván Konev, veintiún días después de que la rendición de Alemania pusiera fin a la Segunda Guerra Mundial en Europa, el historiador liberal más respetado de Gran Bretaña, G. M. Trevelyan, pronunció una conferencia en un abarrotado Conway Hall, en Red Lion Square, en el centro de Londres. En aquella charla, Trevelyan no mencionó ni la victoria de los Aliados ni a Winston Churchill. Ni una sola vez.

Por el contrario, Trevelyan se atuvo obstinadamente al tema previsto: «La historia y el lector». Después de hacerse famoso por rechazar el concepto de historia como ciencia, Trevelyan propuso una alternativa a lo que él denominaba los historiadores «resecos», haciendo hincapié en la importancia de la historia como una presentación de hechos pasados, recopilados a través de una búsqueda lo más diligente posible, y al mismo tiempo como literatura. Pero no pudo resistirse a hacer una leve alusión a los acontecimientos más recientes, ni a obsequiar a los presentes con un poco de autobombo inglés. Dijo que Gran Bretaña tenía un enfoque equilibra-

do de la historia. Si los demás fueran capaces de emularlo, el mundo podría ser más culto.

Su tono era altivo, su pose la de un sabio. «Algunas naciones —declamó— como los irlandeses, tienen una mentalidad *demasiado* histórica, en el sentido de que son absolutamente incapaces de salir del pasado». «Los mismos alemanes —señalaba— se han criado con versiones parciales y ultrapatrióticas de los hechos del pasado. El daño que ha causado la historia tendenciosa en el mundo moderno es inmenso. Cuando la historia se utiliza como una rama de la propaganda, es un arma muy mortífera». La única alternativa era «la historia tal y como se enseña y se escribe en Inglaterra. Hoy en día, lo que padecemos en esta isla es más el desconocimiento de la historia que su mala utilización».

La última frase sigue siendo válida. La propia historia de Inglaterra no puede entenderse sin reconocer las historias entrelazadas de otros pueblos. Trevelyan no sentía la necesidad de explicar por qué, por ejemplo, la nación irlandesa acabó sobre-historicizándose. Tal vez habría debido sopesar las palabras de su correligionario: «¿Qué saben de Inglaterra —gemía Rudyard Kipling— los que solo conocen Inglaterra?».

A continuación Trevelyan se explayó sobre el hecho de que los prejuicios culturales y el desconocimiento de la historia podía acabar relegando las viejas civilizaciones (al margen de Grecia y Roma) al cubo de la basura. Era algo de que lo que habían sido víctimas incluso los más excelsos historiadores. Desde la atalaya de su faro, en calidad de Regius Professor de Historia en la Universidad de Cambridge, Macaulay dirigía su haz de luz hacia Carlyle y Macaulay (su tío abuelo), y alertaba de que ellos también se habían visto aquejados. ¿Cómo? Utilizando el lenguaje de un delegado del sindicato oficial de historiadores, Trevelyan dictaminaba que «habrían sido mejores historiadores si hubieran pasado por un curso universitario de historia como el que habrían podido cursar si hubieran vivido a finales del siglo XIX en vez de a principios».

Después Trevelyan retrocedía al siglo XVIII en busca de su paradigma del erudito-historiador: «Con Gibbon se alcanzó la perfección tanto de la ciencia como del arte de la historia, y desde entonces nadie la ha superado». Sin embargo, esa no era desde luego la opinión predominante cuando se publicó por primera vez *La decadencia y caída del Imperio Romano*, entre 1776 y 1789. Los seis tomos de Gibbon fueron intelectualmente emancipatorios, y su intrépida ofensiva contra el cristianismo por el papel

que desempeñó en la caída de Roma dio lugar tanto a la adulación como a la condena general. Los obispos del *establishment* se pusieron en pie de guerra, mientras que el disidente William Blake maldecía las burlas de Gibbon. Claramente algo había hecho bien.

Sigue siendo necesaria una historia crítica con el Imperio británico como la de Gibbon. Entre muchas otras cosas, en una obra así se examinaría el papel del cristianismo, igual que el del islam. (Gibbon argumenta sin rastro de prejuicios que, si los seguidores del Profeta no hubieran perdido un par de batallas cruciales, Notre-Dame podría haber sido una bonita mezquita, y el sonoro árabe del Corán podría haber sustituido a las vísperas en Oxford). Si a finales del siglo XIX o principios del XX se hubiera escrito una historia así, habría contribuido a un provocativo debate sobre el Imperio, y habría obligado a los historiadores posteriores (me viene a la cabeza M. M. Kaye) a ser un poco más cautos en sus presupuestos. También habría contribuido a una mejor educación en los colegios y entre los licenciados universitarios.

Puede que usted se esté preguntando qué tiene que ver todo eso con Winston Churchill.

De la misma forma que nunca hemos afrontado las verdades del imperio, tampoco hemos sido capaces de vérnoslas con nuestros dioses lares más fieles. Hasta ahora se ha evitado un ajuste de cuentas honesto con la Historia. Trevelyan prácticamente ignoraba a Churchill en las 900 páginas de su *Historia de Inglaterra*. Solo se le menciona en tres ocasiones: primero como un defensor inquebrantable del libre comercio en el Gobierno de Arthur Balfour; después como miembro del Partido Liberal «buscando por ahí algún reino»; y, por último, en 1940, cuando «Inglaterra», que se enfrentaba «a un peligro supremo con su inveterada valentía», «encontró el símbolo en Winston Churchill». El hecho de que ese símbolo brillara por su ausencia en la conferencia de Trevelyan en Conway Hall contribuye a poner de alguna manera las cosas en perspectiva.

En vez de en un asunto de intenso escrutinio histórico, Churchill se ha convertido en un bruñido icono cuyo culto lleva mucho tiempo fuera de control. Curiosamente, durante las cinco fases de su vida —sus aventuras en el extranjero, la Primera Guerra Mundial, la tregua de veinte años en la «guerra civil europea», la Segunda Guerra Mundial, y su último mandato como primer ministro— fue un culto de un perfil relativamente bajo. Ni siquiera en el apogeo del *Blitz*, la campaña de bombardeos alema-

nes durante la Segunda Guerra Mundial, su culto podía compararse con lo que llegó a ser en manos de los políticos *tories* y de un montón de historiadores conservadores y liberales.

En 2017, después de la edición de numerosas biografías, se estrenó un puñado de películas. Actualmente hay más de 1.600 libros sobre Churchill. En la Biblioteca de Londres se le dedican varios estantes en la sección de biografías —más aún que en la Biblioteca Británica— y eso sin tener en cuenta la prolífica producción del propio Churchill. Entre las biografías figuran: una lápida funeraria en ocho tomos, cuya construcción fue la tarea de toda una vida para el desaparecido sir Martin Gilbert, pero cuyos cimientos fueron colocados por Randolph, el hijo de Churchill; una versión conservadora de Andrew Roberts; y, anteriormente, una biografía más corta de Robert Blake; y una elegante y lúcida creación de 1.000 páginas del instruido político liberal Roy Jenkins. Entremedias hay muchas otras, en su mayoría publicadas durante la década de 1980 y después. La biografía más objetiva es la que escribió Clive Ponting, por desgracia descatalogada. Entre los productos más recientes hay una obra («número uno en ventas», nada menos) de Boris Johnson, recientemente destituido como primer ministro del Reino Unido.

El libro de Johnson es revelador en muchos aspectos. Mientras que a algunos historiadores conservadores les ha irritado la aparente soltura de Churchill a la hora de cambiar de partido —Robert Rhodes James destaca que la errática trayectoria de Churchill antes de 1939 fue merecidamente criticada por sus contemporáneos—, Johnson deja claro que Churchill se pasó gran parte de su vida política como un *outsider*, esperando el momento de gloria. Según el mito popular, ese momento le llegó en 1939. Pero los historiadores no son capaces de ponerse de acuerdo ni siquiera en eso. Se dice que Churchill se plantó decididamente contra los partidarios de un apaciguamiento y ganó la batalla. Por el contrario, John Charmley, en su libro *The End of Glory* («El fin de la gloria», 1993) argumentaba que los interesados vaivenes en la trayectoria de Churchill provocaron numerosos errores. Al negarse a negociar un tratado de paz con Hitler en 1940, y por el contrario recurrir a la ayuda de Estados Unidos, Churchill precipitó el fin del Imperio británico.

En una anotación no publicada de sus diarios, Henry «Chips» Channon recuerda un desdichado almuerzo en su club con sus compañeros conservadores partidarios del apaciguamiento el día que Churchill acudió

al besamanos a Palacio. Channon cuenta que Richard A. Butler comentó: «Tenemos un mestizo como primer ministro». Un par de días después, el presidente del Comité 1922, formado por los *backbenchers* conservadores (diputados sin cargos en el Gobierno ni en el Partido) informaba de que «tres cuartas partes de sus miembros estaban dispuestos a tirar a Churchill por la borda» y a rehabilitar a Neville Chamberlain, el artífice del Acuerdo de Múnich con Hitler. En *El factor Churchill*, Boris Johnson se deleita con el odio a Churchill que mostraron amplios sectores de diputados conservadores, y se identifica fuertemente con su biografiado:

Para acaudillar a su pueblo en guerra, Churchill tuvo que controlar no solo a los cariacontecidos de Múnich —Halifax y Chamberlain—, sino también a cientos de Tory que habían sido llevados a considerarlo un oportunista, chaquetero, fanfarrón, egotista, bribón, cateto, granuja y, en varias ocasiones bien documentadas, borracho de solemnidad¹.

Seguidamente Johnson cita una carta de Nancy Dugdale a su marido, Tommy, un diputado partidario de Chamberlain que está prestando servicio en las Fuerzas Armadas. Nancy le informa del estado de ánimo dentro del Partido Conservador:

Miran a WCh con total desconfianza, como bien sabes, y odian sus fantochadas radiofónicas. WCh es en realidad el homólogo de Göring en Inglaterra, ansioso de sangre, de *Blitzkrieg*, hinchado de ego y del mucho comer, con la misma alevosía circulándole por las venas, a fuerza de cantos heroicos y palabrería. No sé cómo explicarte lo deprimida que me tiene esto².

¿Quién y qué era Churchill? ¿Fue algo más que una carpa rolliza, encantada de nadar en las charcas más nauseabundas con tal de que se hicieran realidad su propia carrera y las necesidades del Imperio (en su fuero interno no había diferencia entre ambas cosas)? Puede que fuera algo más, pero no demasiado. Así pues, ¿cómo se explica su elevación a figura del culto?

El culto propiamente dicho, con todos sus excesos, es muy posterior a la Segunda Guerra Mundial. En su dura invectiva contra la guerra de las Malvinas que libró Margaret Thatcher contra Argentina en 1982, Anthony

¹ Boris Johnson, *The Churchill Factor*, Londres, 2014, pp. 38–39 [ed. cast. Boris Johnson, *El factor Churchill*, trad. R. Buenaventura, Madrid, Alianza, 2016, p. 48].

² *Ibid.*, p. 49.